

a dejalo de convidar? No ves que si no va y viene a fregame endespúes con sus...

—Pos convidalo, pero yo más hago al alvertírtelo.

—Bueno, son siete; mano Lico y la mujer, nueve; ñor Solís...

—¿Cual Solís?

—El sacristán, ve que prestó los candeleros pal altar y la imagen del Buen Pastor y...

—Sí, si es que yo creiba que era ñor Solís Cuchite.

—No siás así. ¿Vos ves que a ese rascao lo iba yo a almetir de puertas adentro?

Concluída la lista de invitados y despachados los emisarios del caso, se siguió con la música.

—¿Quién es el mestros? preguntó «ñor Trenidá».

—Ñor Cuerdillas, el mestros de capilla de la Sabanilla; ya quedó seguro dende ayer.

—¿Y por qué no vino el mestros Sinesio?

—Porque es que va a tocar los nueve días del finao Molina.

—¡Achará!; ¿y ñor Cuerdillas es bueno?

—¡Oyí, Regina, que si es bueno! Pero mano Trenidá, ¿con que ha tocao en Catedral con el mestros Esteban y estuvo como tres años en la banda del Naranja?

—Ah, bueno, es que yo no sabía. ¿Y quiénes más vienen?

—Pos viene Pirinola con el acordeón; el tuerto Meneses con la guitarra, ñor Torres con el pistón y Pilar Segura con el bajo.

—¿Idiai, no va a haber violón?

—Si es que no se ha podido conseguir: ñor Zúñiga no quiso.

—Es que se hace de rogar, pero si quieren le hablo.

—¿Qué te parece, Regina?

—Pos que le hable, ¡pero que no le afloje más de medio escudo!

—Cuidao con Pirinola, que le gusta mucho rascarse y es muy peliador.

—Ah, no; el que me falte, lo saco de la casa. Siguió el renglón de la pólvora.

—¿Ya jueron a traer la pólvora?

—Dende las nueve. A saber si la habrá labrao toda el mestro. ¿Le dijistes de los cuetones de luces?

—¿Y a yo se miolvidaba?

—Tiene que mandar dos docenas de cargadores, cinco bombones pa los misterios, dos recámaras pal «En el nombre del padre» y el fin, docena y media de sartas pa la letanía, los cuetes de luz y los soles.

- ¡Ves, se tiolvidó encargarle los cachiflines!
—Mandá mercar unos a la villa; que traigan una docena dionde ñor Chaves.
—¿Cuánto mandó labrar?
—Una arroba.
—¿Onde quién?
—Onde el mestro Rosa, el de la Cuesta de Moras.
—Ese jué el que labró la pólvora pa las fiestas de Alajuelita, hora pa Esquipulas.

*

Serían las seis de la tarde cuando aún se corría de acá para allá y se daban órdenes y la última mano al arreglo de la casa y especialmente de la sala, en la que se efectuaría la parte principal de la fiesta, es decir, el rosario y el baile.

La sala, de unas seis varas de frente por ocho de fondo, enladrillada, pintada con cal y zócalo verde, sin cielo raso, dejando al descubierto las hermosas vigas o cadenas de cedro labrado con azuela y el cañizo, sostén de anchas y pesadas tejas de Patarrá, merece descripción de su parte decorativa.

A lo largo de las paredes y en correcta fila,

asientos de petatillo alternando con taburetes de vaqueta acompañaban a dos sendos escaños «del tiempo de antes», lustrosos por el uso; en el centro de la pared del fondo, sobre una mesa ordinaria cubierta con cortinas prendidas con flores de trapo, ostentaba todo su lujo un camarín de lata pintado de los colores del arco iris, lleno de flores y «güevas» de linón; entre el camarín un San Gabriel de bulto, obra guatemalteca, rodeado de muñequillos, chivitos, paticos, y un sinnúmero de chucherías de china, vidrio y barro; rodeaban al camarín candeleros de cobre con sus enormes candelas de cera y jarrones o floreros llenos de ramilletes ordinarios. Pendía del centro del techo un velón con cuatro «espelmas» y en las paredes brillaban las ostentosas pantallas de medias lunas y estrellas de colores chillones.

En el corredor había un farol, una linterna grande en la cocina y varias candelas esparcidas por el aposento y resto de la casa.

Ñor Concho, con su buen calzón de casimir diagonal, su «cotón» de jerga de Guatemala, su banda de redecilla, su camisa hechiza y sus zapatos amarillos de «talpetao».

Ña Regina, de cotona rosada con caballito negro, enaguas de merino color café, pañuelo

de seda verde con ojitos tintos y su bien hecho «atao» con jazmín del Cabo.

Ambos apestosos a «pachulí». Los hijos de tan venturosos cónyuges, muy «mudaos» y las hijas, muy compuestas.

Ya habían acudido algunos invitados, entre los que descollaba Lencho, novio de una de las muchachas, con los calzones amarrados con ancha faja de alfombra más abajo de las caderas, dejando al descubierto gran parte del bajo vientre, camisa azulada tirando a verde, pañuelo flor de romero anudado al pescuezo, chaqueta de paño tigrillo que no le cubría la rabadilla, amapola prendida al ojal, sombrero de pita a la pedrada y con los pies al aire muy bien lavados con teja y olo-te. Portaba su buena realera a la cintura y se daba aires de conquistador y de matón.

Brillaban juventud y vida en los negros ojos de una trigueñita de anchas y redondeadas caderas, brazos de alarmante musculatura, pecho turgente y provocativo, boca color de pitahaya, dientes como granitos de elote tierno y risa abierta y francota, andar de gallinita jardinera y bailar de isleña camagüeyana. La llamaban la Ñata y era el adorado tormento de cuanto pelele la había conocido, pero las

malas lenguas aseguraban que era la novia de ñor Vicente, el «socao alborotero», como decía ña Regina.

Fueron llegando algunos de los músicos, pero el «mestro» Cuerdillas no parecía ni vivo ni muerto.

—Corré donde ña Tomasa Solana a ver si ya llegó el maestro, que se venga, que lo estamos esperando, que ya vino el rezador y que ya están ai los otros músicos.

—Bueno sería que fueras templando, Meneeses.

El tuerto principió por pedir un la a ñor Torres, este soltó un atroz berrido con el pistón y Pirinola suavizaba las llaves del acordeón a la vez que iniciaba el *Sobre las olas*.

—Por fin, escoltado por la mayor parte de los convidados y por un grupo numeroso de curiosos, asomó el Maestro Cuerdillas.

—¡Ai está ya el MESTRO!

—¡Ñor Concho, el maestro!

—¡El maestro, ña Regina!

—Vayan a recibir al maestro.

—¡Que viva el maestro!

—¡Vivaaaa!

Era el «mestro» Cuerdillas un viejo como de cincuenta y cinco años, pelo color de cen-

za, ojillos verdes, ceja poblada, con más arrugas en la frente que polainas de artillero miliciano; afeitado el bigote, dejaba a sus anchas esparramarse una boca descomunal de labios gruesos y salientes, nariz de panecillo y orejas taqueadas con pelotas de algodón; usaba bufanda color naranja, gastaba saco y pantalón chinilla y calzaba «medias cañas» con los tacones torcidos. Tenía un genio endemoniado, gran afición a la música y especialmente a las velas; había sido medio calaverilla en los tiempos de don Braulio Carrillo y poseía como única prenda de valor por su antigüedad e historia, un violín cascado y mugroso, inseparable compañero de una funda de franela azul con hiladillas de lana negra.

Apenas hubo devuelto los saludos y apretones de mano con que fué recibido, entró a la sala, hizo una ligera genuflexión al Santo, miró con aire de protección a sus compañeros de arte, sacó su violín, colgó la funda y dió principio a la interminable tarea del temple.

—Deme un la, Meneses.

—Que se lo dé Torres porque el entorchao de la quinta está estirando.

—¿Por qué no le puso cuerda de piña?

—¿Qué va a tocar primero?

—*Tus ojos.*

—¿Eso es polca o valse?

—Es como a moda de varsoviana.

—¡Tóquense algo pa encandilar!

—¿Ña Regina, quiere que le toque el *Aster di bol*?

—Mejor tóquese el *Invito*.

Cuerdillas enceró el arco, afirmó el violín en el cogote y rascó las negruzcas cuerdas con empeño de artista consumado.

Los muchachos fueron sacando pareja, ñor Trenidá sacó a ña Regina y ñor Concho echó el brazo al cuadril de la trigueña Ñata.

Los desacordes del *Invito*, los bufidos del bajo, los chirridos del violín, el «puntiao» de la guitarra, los ronquidos del acordeón, las agudísimas notas del pistón, el rastrilleo de las patas descalzas en los ladrillos, el humo de las candelas y el vaho almizclado de las parejas, llenaban la sala, atronaban la casa, alborotaban al vecindario, incitaban a los mirones, coloreaban las arrugas de ñor Cuerdillas y hacían temblar entre su camarín de hoja de lata, al arcángel San Gabriel y a su corte de monigotes de china y barro.

—¡Vivan los dueños de casa!

—¡Vivaaaaan!

—¡Que viva mi pareja!

—¡Que viva!

De repente un golpe seco y un ajo más seco y más sonoro rompía el encanto; la música paraba y las parejas acudían al rincón en donde el «mestro» vociferaba.

—¿Idiai, no siguen?

—¿No está viendo que se me reventó la prima?

—Añidila.

—Toque sin prima.

—No sea tonto, ¿cómo quiere que toque sin prima? ¿Usted se está creyendo que esto es como chiflar a caballo?

—¿Y no trujo más?

Ñor Cuerdillas anudaba la prima y volvía a la faena del temple en medio de la algazara.

—¡Regina, sacate pa los músicos! ¿De qué se lo toma, maestro?

—Écheme un rompope.

Los músicos eran llevados al aposento vecino en donde se les echaba su cristal de ron blanco o de guaro de caña y en donde se atarugaban de pasteles, lonjas de lechona y lomo relleno.

Por la sala circulaban ya los platos llenos de puros y cigarrillos, los platones de tosteles

y carnes, y los jarros de chocolate espeso, oloroso a jamaica y clavo, con sendas empanadas de maíz, rosquillas de biscocho y trozos de «hojaldra» de pan dulce.

Los mozos se hartaban de tamales y guaro y «humaban» sus apestosos chircagres en alegres corrillos.

Pasado el primer ataque a los víveres, ataque extemporáneo, toda la concurrencia se colaba en la sala a rezar el rosario «cantao», pretexto de aquella fiesta.

El rezador se arrodillaba en un taburete al frente del retablo, las mujeres se arrodajaban en el suelo y los hombres se arrimaban a las paredes o se agrupaban en los buques de las puertas.

Principiaba el rezador con voz gangosa a signarse, cuando el estampido de una recámara hacía retemblar la casa hasta los cimientos. El rezo se interrumpía a intervalos regulares para dar lugar a las partes musicales, y el encargado de la pólvora no se daba punto de reposo quemando cargadores, cohetes de luz, sartas de bombetas y bombones; a veces un cachiflín introducía el desorden en la concurrencia, y el acre olor del azufre llenaba por completo aquel recinto.

Concluidas las oraciones y los cantos, volvía con mayor ardor el baile interrumpido: Se tocó sin descanso, mazurcas, polcas, «chotis» y vales.

La Ñata salió a bailar el torito con un hijo de ñor Concho. Las aclamaciones a la airosa trigueña fueron unánimes y acordes las silbas al desgabado «parejo».

Ya los tragos habían subido la temperatura de los bailarines, la sala parecía un horno en brasas, las candelas chorreaban a lo largo de las paredes, el acordeón estaba arrinconado por juma de Pirinola, el bordón antorcha de la guitarra estaba arrollado al clavijero como rabillo de marrano, ñor Torres había sacudido como veinte veces las babas del pistón y Cuerdillas, a media seba, no acertaba con la nota precisa, cuando en el patio se oyó un juramento descomunal y el chirrido estridente de un cuchillo rastrillado sobre las piedras.

—¡Es que a yo naide me avasalla, so calzados! ¡Que se salga el que quiera dase cuatro planazos con un hombre!

—¡Qué es el bochinche! gritó ña Regina desde la sala.

—Es que ñor Vicente está socao y quiere pegale a Tiburcio porque bailó con la Ñata.

—¡Ai está lo que yo dije! ¿Ves, Concho? pa que viás. Bastante que te lo advertí. ¡Hora ese malcriao se va a pasiar en la fiesta!

—¡Sosegate, Vicente, aquí no vengás a faltar. ¡Respetá el Santo, no siás mal dotrinao!

—¡Se va callando, viejo chuchó! Aquí naide baila más sin mi gusto, decía Vicente con el cuchillo en una mano, la chaqueta en la otra, los calzones medio caídos y el chonete terciado sobre una oreja.

—¡Se calla esa música o va filo!

La mayor confusión se apoderó de todos los ánimos: ñor Cuerdillas, pálido como un difunto, salió a escape con el violín debajo del saco, dejando la funda y el sombrero sobre un escaño; el pistón perdió la embocadura en la carrera; Piri-nola se acurrucó debajo de la mesa del Santo, haciendo una cuchara la bocina del trombón, y ñor Meneses, en defensa personal, le arri-mó un guitarrazo en media jícara a ñor Tre-nidá, quién se colgaba de las enaguas de ña Regina hecha una tintorera. Ñor Concho se atrancó en el cuarto de las monturas, los in-vidados se hicieron por sus cuchillos y Tiburcio agarró a dos manos un enorme mamón de poró.

Ñor Vicente, dueño del patio, dirigió una mirada despreciativa a los fugitivos, una son-

risa sarcástica a los defensores, salió con paso mesurado y aire altanero blandiendo la reamera y al llegar al portillo de la cerca, lanzó un sonoro grito de desafío.

—¡Uí... pa... ya... yai... Cará!

Tambaleó y cayó inerte en el duro suelo, confundiéndose el ruido del costalazo del borracho con el eco sonoro de su grito de salvaje, en el perfumado bosque de las vecinas montañas.

La Patria, 29. III. 96

CAMAÑUELAS

✓

TODAVÍA la carretada de guate que el 27 de Abril de 1870 puso en conflictos a la República y trajo al país a nuevos y más o menos empañados horizontes, no había pasado por el Cuartel de Artillería.

Vivíamos vegetando con menos pretensiones que hoy, cuando ocurrió el histórico caso de mi cuento.

Don Salustio Callejas, hombre entrado y aún salido de años, pues cuenta según él sesenta y ocho cumplidos, fuera de los que gastó en su tierna infancia, de los que no hace mención, salió hace unos días a hacer visita de digestión en casa de doña Anacleta Garro, «su amiga de muchachez» como dice ella.

Hacía un tiempo delicioso, sereno, tibiecito y clarísimo; y las pocas nubes que se amontonaban color de ceniza por los lados de San Isidro y en las faldas del Irazú, no inquietaron a nuestro don Salustio, persona muy entendida en materia de almanaques y camañuelas, a pesar de que el de don Guillermo Molina

marcaba lloviznas y el de Bristol pronosticaba veranillo, lo que quería decir chaparrón pa-rejo. De modo que Callejas no sacó zuecos ni paraguas, capa ni bufanda y se largó a su visita con el de dominguear y bastoncito de cacique que aseguraba ser «ñambar» teñido.

En aquellos dorados tiempos las calles de San José eran casi tan malas como las de Heredia y menos iluminadas aún que como hoy quedan cuando se quema un dinamo; las aguas discurrían tranquilamente por media calle arrastrando inmundicias de toda clase y tamaño, sólo rarísimas casas tenían cogidas las goteras y casi no se andaba una veintena de varas por las pésimas aceras sin ensartarse hasta el tobillo entre un charco o romperse las narices contra un rincón nada imper-meable. Hoy casi casi nos sucede lo mismo, pero además de la ventaja de poseer luz eléctrica que nos ciega y parpadea, no nos mojamos por intervalos en los charcos si no que caminamos con el agua a los calcañales quieta, pacíficamente y sin interrupción.

Eran las siete y media de la noche; don Salustio había estornudado dos o tres veces con gran sobresalto de doña Anaclea, la que cerraba las puertas para evitar chiflones; el

objeto de la visita había agotado las últimas frases en boca de ambos y Callejas se preparaba para despedirse, cuando un pelillo de gato bastante nutrido empezó a caer y colarse por la entreabierta ventana.

Pronto siguió una garúa nutridísima y tras de ella se descolgó un recio aguacero que parecía desentejar las casas. Cada gota semejaba un chuzo y cada gotera un Tequenadama.

—Espérese a que escampe, don Salustio, esto pasa pronto y aquí no caen goteras.

—¿Sabe qué es? que tengo que estar a las ocho en casa, porque si no no se acuesta Refugio.

—¡Adió! le mandamos a avisar.

—No, no se moleste, me voy a esperar un ratico mientras pasa este aguaje.

Volvió Callejas a poner el pita sobre la mesa, el cacique en un rincón y se acomodó de nuevo en el ancho y pulido escaño de cedro.

—Ya que por el aguacero se queda, va a hacer penitencia tomándose aquí un chocolate que aunque no es como el de su casa, sí se le dará con muy buena voluntad,—dijo doña Analeta con franqueza y finura exquisitas.

—No se ponga en trabajos, si esto pasa pronto.

—No es molestia, ahorita está. ¿Cómo le gusta más con poco dulce o con...?

—Con regular dulce; pero no se moleste, mire, si....

Llamó doña Anacleta a una criada, impartió sus órdenes y volvió a reanudar la conversación, despabilando de paso la candela y reventando en el suelo enladrillado la encendida pavesa, la que don Salustio aplastó de un solo cacharpazo.

—Vaya un tiempo tan raro, ya lo decía yo que esta luna traía agua.

—Dispéñseme usted, señora; acuérdense de que, si como tercia quinta y como quinta octava, como empieza acaba; estamos a ocho, el viernes fué la llena y este mes pintó buen tiempo. Esto debe ser por las quemas.

—Así será, pero Molina dice que lloviznas, y cuando la llena viene con rodaja de arco-iris...

—No me venga con Molina ni con rodajas, doña Anacleta, esto no es más que las abras que están haciendo en Matina y las quemas; si el Gobierno no toma alguna providencia....

La criada puso fin a la discusión, anunciando que el chocolate estaba servido.

Ambos viejos pasaron al comedor en donde apuraron su par de jícaras de oloroso y es-

pumante chocolate adornado con rosquetes y biscocho, su tajadita de queso y sus untaditas de mantequilla.

El aguacero seguía derrumbando tejas y el patio no podía contener ya la abundancia de agua.

Don Salustio seguía estornudando y hasta había tenido que sonarse algunas veces con su hermoso polvero de seda morado con manguitos rojos.

De la meteorología parda pasaron a la chismografía colorada.

—Será verdad lo que dicen de Micaelita...

—No, yo creo que es que le levantan.

—Pero a mí me dijo Tenorio que...

—Ese no es más que un alabancioso, lengua larga. Acuérdesse de lo que dijo de Robustiana Sibaja y luego resultó que todo eran cuentos.

—Ve, eso sí que era verdad; yo se lo digo porque yo una vez la vi con estos ojos que se ha de comer la tierra, coqueteando con...

—Si es que ella es así; ustedes los hombres son los que se la pasan poniéndonos sus tablitas, y si una cae, todos se la comen, y si no cae, entonces le inventan mil embustes, de modo que una va siempre debajo...

—Pero doña Anacleta, ¿cuándo han hablado

por ejemplo de usted, ni de ninguna señora que sea señora de veras? Hablan de las que dan en qué decir. Vea, ¿cómo me va a negar usted que Casimira...?

—¡Ah, qué gracioso con lo que sale ahora; Casimira no tiene ni ha tenido nunca vergüenza y...

El reloj altísimo, de ancho y brillante péndulo, encerrado en su cajón con incrustaciones de concha nácar, dió pausadas y sonoras las diez; el aguacero se había convertido de nuevo en garúa fina y el sueño comenzaba a entornar los arrugados párpados de doña Anaclea.

—Ya escampó, voy a aprovechar esta abrieta para llegar a casa.

—Espérese a que acabe de escurrir.

—Oiga, ya son las diez, ya es muy tarde, Refugio estará alarmadísima y ¡qué dirán!

El qué dirán decidió a doña Anaclea a soltar a Callejas.

—Abríguese aunque sea con esta pañueleta y arróllese bien; vea, le voy a dar esta linterna porque es muy grande la escurana.

Pocos minutos después, don Salustio, tapado hasta los ojos con la «pañueleta», agachada el ala del pita, con los calzones arrollados

hasta media pantorrilla, con el cacique en la diestra y el farol en la izquierda, se echó a andar camino de su casa, bajo una agüita con viento capaz de dar pulmonía a las estatuas del Monumento Nacional, y dando traspies en las aceras mal enladrilladas y peor enjutas.

Ya habría recorrido con mil y una dificultades las dos terceras partes del camino, tropezando aquí, recibiendo allá en media nuca un goterón frío, metiendo acullá una pata entre un barreal que creyó laja, sudando la gota gorda debajo de su tapujo y con los pies helados como un muerto, cuando en el momento en que alumbraba buscando vado a un caño profundo y cenagoso, dió con el puro hocico contra el barrote de hierro de una ventana velada, se le hizo tiras la linterna contra un palo de amarrar vacas que orillaba la acera y cayó sin sentido en medio caño, aspergeándose de barro el levitón flamante y poniendo perdidos los pantalones de casimir pura lana, color de tecolote con cuadros azules.

Garbanzo, el decano de los serenos, hoy Sargento de Policía jubilado, acertó a pasar por allí con su retaco y su realera, ayudó a

ponerse en pie a don Salustiano, le encandiló un traguito de aguardiente, ruciado con la boca en la herida de la cara, le medio lavó el sombrero, se lo canchó, y lo llevó hasta la puerta de su casa en donde con los brazos abiertos lo acogió la acongojada doña Refugio.

Desde aquella infausta noche, don Salustio Callejas jamás volvió a creer en el almanaque de Bristol, ni en que si como tercia, quinta y como quinta octava, como empieza acaba.

La Patria, 19-IV-96.

¡AL BARATILLO!

HAY casas predestinadas, así como hay hombres torcidos, como dicen los tahures.

¿Recuerdan los lectores haber visto hace unos diez años, a Mr. Certain con sus bigotes encerados y cinta métrica al cuello, vendiendo fluxes a quince pesos, camisas a doce reales y sombreros a dieciocho?

Pues del mismo salón de donde la juventud que ayer se levantaba y que hoy no se acuesta, salía emperifollada en vísperas de Corpus, Semana Santa o fiestas, sale hoy todo lo femenino de San José, atestado de motetes más o menos mal envueltos, más o menos desteñidos, pero indudablemente botados a vil precio de vil metal o de mugroso billete.

Desapareció Certain con sus bigotes y sus trapos para dar ancho campo a todos los Robles y Romeros y demás individuos de la noble raza botánica a quienes ha reventado la parte de locura por tirar por aquellas tres larguchas y desvencijadas puertas cuanto ché-

chere y cuanto chunche se estaba osificando en «La Villa de París»

¡Si cada par de botines que allí se regala⁴ abriese las suelas y contara su historia! ¡Si cada sombrilla divorciada del mango que allí se remata, pudiera relatar sus aventuras! Hay allí cobija que perdió el color con el susto del paso en barca por el río de la Barranca, saraza que no llegó a pegar los ojos en la Aduana de Carrillo y par de zapatillas pedidas para el estreno del Teatro Municipal.

Y sin embargo, justo es consignarlo, los tres artículos citados y el sin fin de mercaderías que se queman enaquel baratillo, han merecido, merecen y seguirán mereciendo la estimación y distinguido aprecio de los costarricenses. La saraza, como la torre de Piza, es inclinada pero firme; los zapatos como el vino, mientras más viejos, más buenos; las cobijas por su poca lana como el agua, mientras más clara más potable, et sic de céteris.

Ayer fuí a hacerme de mi ganguita, como cada cristiano y quedé encantado. Es que todavía estoy como gallo con vena de diablo. Me bailan por delante los seis vendedores y sus cien mil chunches y me aturde la vocinglería de los doscientos marchantes bienaventurados logrerros.

—Hágame el favor de una pieza de género para sábanas, del de a peso diez, decía una futura suegra.

—Y a mí ocho varas de la sedita de a quince, que no esté muy pod....

—Ninguna está podrida; se vende a quince porque la pinta no es ya de moda, pero vea el costo; y le metía por los ojos un cartoncillo en el que se leía \$ Mcn \$ Tira.

—¡Mirá niñá—decía una hermosísima muchacha a su compañera no menos linda,—ese camisón para Matea!

—Deveras, niñá. ¿Cuánto vale el camisón?

—Si lleva uno, diez reales y si lleva el lote, a ocho pesos docena.

—¿Y esas cortinas?

—Son sobrecamas. A tres pesos.

—¿Y esos calzones?

—A ochenta centavos; ¿le pongo un par?

—No, si los pone a seis reales, llevo tres.

—Se los voy a poner a usted más bajos si les arrima la sombrilla.

—¿Qué's lo qué's aquí?—decía una vieja quitándose de la cabeza un canasto con naranjas.

—Baratillo, ña María; venga para que vea unas zarazas de primera, a real el metro cincuenta.

—Eche pa vela.

—¿Qué le parece ésta? decía el dependiente dando un golpazo con la pieza sobre el improvisado mostrador.

—Es media getona; ¿y estiñe?

—¡Qué va a desteñir!; ¡si es más firme que el Gobierno!

—Pos mídame una tercia bien medida.

—No se vende menos del corte.

—Siés pa un guardapolvo.

—Aunque sea para amarrarse un dedo.

—¿Tiene lienzo Pavo Real?

—Si, señora, a cuatro pesos.

—¿Vea, ñor hombre, usté no vido quien se haberá llevao las naranjas que dejé en un canasto contra la puerta?—decía la vieja de la saraza.

—¿Yo qué voy a saber, buena mujer?

—Es que yo allí las dejé y eran tres docenas menos cuatro y yo creyí que estaba entre gente honrada y mantres tratábamose las arriaron.

—Pero señora, no nos venga a quitar el tiempo.

—Es que a yo me dan mis naranjas porque yo asina no me voy.

Se armó pelotera y hubo que someter el caso a arbitraje. El laudo condenó a Robles

& Romero al pago en especie y se canceló la deuda con un sombrero de papel, imitación paja de Italia, con cinta verde y florón de plumas rojas marcado \$ Fco.

Acá se despedazaba una beata por un Cristo niquelado y forcejeaba con Romero menor.

—¿Lo bendecirán?

—Ya está bendito de órdenes menores, no le faltan más que las mayores.

—¿Y será plata?

—¿Para qué la voy a engañar? Es una composición de estaño de ochocientos con plata de cortadilla y piedra lipe.

—Echeme acá uno y aviaos que se me ponga negro.

Por allá un padre de familia se probaba un par de botines «Pollak», premiados en la Exposición del 78.

—¿No le quedan 42-8?

—No hay más que 41-5, pero estiran mucho; va Ud. a ver como a los dos días de uso no le maltratan.

—Ya lo creo, como que estarán abiertos de par en par. ¿Y cuánto es lo último?

—Tres pesos; pero los dos son del pie derecho.

—¡Ah!

—¿Y qué quería, que fuera del pie izquierdo?

—No, yo quiero par.

—Pues los dos son par.

—¡Qué caray! échelos acá.

—¿No quiere unas medias de hilo de Escocia de a veinte el par?

—No, señor, no uso de ésas.

—¿De cuales usa?

—De cuero crudo.

Y volaban las cortinas, las lanas, los velos de monja, los surahs, los metidos, los encajes, las colchas y un millón más de baratijas de algún provecho, por docenas, por piezas, por metros, por pares, a precios ridículos, baratísimos, de verdadera quema: y se veían allí los rostros de aristocráticas damas y los semblantes coloradotes de las frescas campesinas; la faz amarillenta del empleadillo de mala muerte y el rizado bigote del mequetrefe de alta alcurnia. Atronaban las voces, retemblaba el suelo con las pisadas, se animaban los corrillos con los chistes intencionados de los dependientes y las ridículas frases de los conchos y a todo esto el crujir de los lienzos, el chirrear de los zapatos, el retintín de las pesetas en el fondo del cajón, las risas de las muchachas y el gruñir de las vie-

jas regateras, me hicieron creer que la destrucción de Babilonia o el derrumbamiento de «Las Lomas» no habrían sido más estruendosas aunque sí menos productivas para los listos y activos Robles y Romero y demás miembros de esa botánica familia de industriosos comerciantes.

¡Al baratillo!

La Patria, 24-iv-96.

EL CAÑON DE ROBLE

(EPISODIO HISTÓRICO)

El año 1748, el Cura de Cubujuquí, don Juan de Pomar y Burgos, en compañía de veinticinco hombres, al mando del Capitán José Miguel de Avendaño y del Alcalde don Ventura Sáenz de Bonilla, va a los parajes llamados La Lajueta (Alajueta y Tiquís), quema 21 casas y obliga a sus dueños a trasladarse a Cubujuquí.» (L. Fernández, *Historia de Costa Rica*, 1889, F.^o 380.)

LA cita que antecede, contiene el grave suceso que engendró las mil peripecias de serios desagrados entre los vecinos de Alajueta y los de Heredia, que han dado lugar a tantos episodios que desgraciadamente registra la historia de ambos pueblos. Uno de esos episodios es el que describo aquí, exactamente como me lo refirió quien aseguraba haber sido testigo presencial del hecho.

Yo no sé cómo se llamaba y no recuerdo cómo me dijeron que lo apellidaba el pueblo, pero creo que era el Maestro Chaves; el hombre más penco para tornear un paral de cama,

un bolero o una huevera, la pata de una mesa o los bordes de una cómoda, así fuera en ronrón, quiebrahacha o quizarrá colpachí, sirrí, laurel o cocobola ñambar. Con los anteojos bien calados sobre una nariz de pico de lora y su juego de formones mango de cuerno, jamás torció una línea, nunca dejó mal acabada una curva, comba o media caña, arriflés o uña de tigre, y era un genio admirable para vaciar un cáliz o para hacerle un culebreo a un bastón de palmilera.

No tenía familia ni le hacía falta; todos los del vecindario lo respetaban como un hombre superior y siempre encontró asiento dispuesto para recibirlo, ora en los cabildos abiertos, ora en la mesa del Municipio, ora en el tablado del Ayuntamiento, fuera para toros, para juegos de pólvora o para procesiones de Corpus y Semana Santa. La máscara del Cuijen era obra de su mano, si no la más perfecta, sí una de las que podían hombrear con el retablo del Carmen y con los escaños del coro, de los que era hermana legítima. Esas eran sus obras maestras artísticas, pero no su predilecta, la de sus ensueños y desvelos, la que no lo hizo grande pero sí fuerte, temido, inquebrantable: su cañón de roble.

Vivía el Maestro Chaves, cien varas al Este de la parroquia de la noble Villa Vieja de Cubujuquí de Heredia. La casa esquinera y de puerta ídem, tenía a la calle una sala espaciosa, encalada, enladrillada con grandes exágonos de los mejores de Patarrá, y ostentaba seis lustrosas soleras de cuadro, labradas con el más preciado cedro que produjo la serranía de Barba. Sendos escaños y taburetes de fina vaqueta, una mesa de pata descansando en trípode de garras de león con piñas barnizadas y un camarín cubierto de dorados y colores vivos, colgado de la pared testera, formaban el modesto pero confortable mueblaje; asomaba por la puerta del fondo la mulhada cama de pabellón, toda torneada y llena de labraduras, ostentando su par de ganchos de plata maciza para recoger las cortinas y su fino petate fresco y lustroso, sobre cuyo fondo de diversos matices, resaltaba el ojo vivo de la cobija guatemalteca arrollada sobre la cabecera guarnecida de encaje de bolillo.

Dividía una parte de la sala, formando un gabinetito estrecho, una cortina corrediza de pursiana con flores verdes. Allí se encerraba el santuario, la gloria y el honor del Maestro Chaves. Sobre un par de burras de durísimo

guachipelín y amarrado por tenaces coyundas, lucía toda su esbeltez, toda su majestad augusta, un grueso cañón de roble, hecho de un solo tronco colosal y reforzado en todos sentidos por innumerables zunchos de hierro. El conjunto, pintado de verde, con ribetes rojos, erizaba el pelo a los más valientes y hacía temblar de espanto a cuantos tenían la peligrosa fortuna de ser admitidos a contemplarlo, ocasión que sólo se presentaba los domingos después de la Misa Mayor y la que atrapaban solamente los amigos íntimos del Maestro Chaves.—Aseguraba la voz pública que aquel cañón era tan macizo como si hubiera sido chorreado con el más fino bronce; y hasta había amigo íntimo del Maestro que afirmaba seriamente haberle oído timbre metálico al golpearlo con los nudillos de la mano. Su autor apostaba a que su obra era capaz de aguantar doce libras de pólvora en la recámara y una carga de proyectiles hasta un gemo de la boca, sin que pateara como los de hierro ni reculara arriba de cinco varas.

La posesión de semejante máquina, unida al respeto adquirido con la habilidad de su mano, había hecho del Maestro Chaves uno

de los hombres más prominentes de Cubujuquí, el consultor obligado de las autoridades, el hombre bueno de los jueces y el arbitrador y amigable componedor de sus conciudadanos.

La Villa Vieja de Cubujuquí, a mediados del año de treinta y pico, era presa de indecible angustia; se menudeaban los preparativos para defender la plaza del anunciado y próximo ataque de los alajuelas en número considerable: sesenta y tantos bien armados, aseguraba el que los había visto pasar por la cañada de Rio Segundo y se les había adelantado a dar la voz de alarma. Los esfuerzos del Cabildo y los del Cura párroco habían logrado armar con guápiles, venaderas, lanzas y machetes una pequeña compañía de treinta y dos hombres que como avanzada, debía situarse en un recodo del camino real a unos tres tiros de escopeta de la plaza parroquial; los vecinos tapearon puertas y ventanas, los hombres se armaban con lo más valioso de sus propiedades y las mujeres empeñaban fervientes oraciones en la iglesia o en la alcoba, encendiendo velas a éste o al otro santo y haciendo promesas a las imágenes más milagrosas como la negrita de los Angeles,

el Santo Cristo de Esquipulas y hasta a Santa Rita de Casia, abogada de los imposibles.

La consternación llegaba a su mayor altura, cuando en medio de la sala del Cabildo, compareció sereno y sonriente el Maestro Chaves, seguido de numerosa turba de vecinos; sombrero en mano y terciada la capa española de esclavina, se acercó al grupo de concejales y dejó caer estas solemnes palabras:

—¡Estoy dispuesto a prestar mi cañón de roble, si se me deja vigilar la carga y mandar el fuego!

Un grito de entusiasmo, atronador, rayano en locura, se alzó de todos aquellos pechos; se abrazó al Maestro con gran efusión, se derramaron lágrimas sobre la esclavina de su capa, alguien propuso colocar su retrato en el salón del Cabildo, y toda la consternación huyó para dejar campo anchísimo a la seguridad del triunfo. El Maestro Chaves fué llevado en procesión a su casa; se aprestaron unas poderosas ruedas de carreta con buen eje del mejor quiebrahacha y el monstruo fué colocado con respeto y cariño en su improvisada cureña por los hombres más conspicuos de la concurrencia.

En ese instante solemne llegó el Cura,

hombre de pelo en pecho y sangre en el ojo, al frente de la compañía de treinta y dos hombres; colocó su guardia al rededor de la máquina infernal, bendijo a los lidiadores y a la par del Maestro Chaves, se encaminaron hacia el punto estratégico señalado de antemano, en medio de las aclamaciones del pueblo entusiasmado.

Llegados al recodo, bajo la dirección del Maestro Chaves, se tragó el cañón diez libras de pólvora, como treinta de carga compuesta de pedazos de hierro, plomo y piedras y un par de buenos tacos de hoja seca de plátano; lista el arma colosal y apuntada a lugar conveniente, se aseguró con fuertes coyundas a sendas estacas y la tropa formada en dos alas a uno y otro lado del cañón, esperó la llegada de los odiados enemigos. El Cura, machete en mano y crucifijo al pecho, se paró sobre una gran piedra en el repecho del camino y el Maestro Chaves, para ver mejor y así disponer con más acierto, según él decía, se encaramó a un frondoso árbol de aguacate, situado como a treinta varas del grupo.

Un patriota, venadera al brazo, esperó al pie del cañón con una hermosa mecha en-

cendida, la voz ejecutiva, y por varios minutos reinó el más profundo silencio.

El Maestro Chaves, desde su observatorio, hacía señales al Cura, indicándole la proximidad del enemigo; con un agudo silbido, dió la voz preventiva, y en el instante mismo en que los alajuelas aparecieron en el recodo, a unos cincuenta pasos del cañón, se escuchó del alto del aguacate la aterradora voz de fuego!

Retembló la tierra, un horroroso estallido resonó en el aire, crugieron los árboles vecinos al furioso estruendo de la atmósfera comprimida, y los montes cercanos devolvieron el eco lastimero de ayes aterradores, de gritos de muerte, de chasquidos metálicos, semejantes al choque del rayo en el durísimo cascajo.

El cañón de roble había volado al furioso empuje de la tremenda carga, los mil zunchos de hierro, retorciéndose como víboras de fuego, cruzaron el aire en todas direcciones arrollando brazos, piernas, cabezas, manos; la metralla acribilló lo que los zunchos dejaron en pie, y enormes gajos de roble ennegrecido cruzaron con horrible estruendo la atmósfera calcinada.

Siete hombres, entre ellos el Cura, fueron los únicos que se salvaron, con graves heri-

das, de aquella segura muerte; los restantes, lastimosamente mutilados, se revolcaban en el polvo o yacían inertes; sólo el Maestro Chaves, pálido y convulso pataleaba agarrado como perico ligero de una rama del aguacate.

Los alajuelas huyeron despavoridos, creyendo que el suelo se les hundía al paso y la Villa Vieja de la pura y limpia Concepción de Cubujuquí de Heredia se salvó del destrozo tan temido.

El Cabildo no llegó a ostentar en su sala de sesiones el retrato del Maestro Chaves y el duro suelo de Santiago de Puriscal, recibía poco después, los restos mortales del malaventurado artista.

El Figaro, 26 y 27-IV-97



EL CLIS DE SOL

No es cuento, es una historia que sale de mi pluma como ha ido brotando de los labios de ñor Cornelio Cacheda, que es un buen amigo de tantos como tengo por esos campos de Dios. Me la refirió hará cinco meses y tanto me sorprendió la maravilla, que juzgo una acción criminal el no comunicarla para que los sabios y los observadores estudien el caso con el detenimiento que se merece.

Podría talvez entrar en un análisis serio del asunto, pero me reservo para cuando haya oído las opiniones de mis lectores. Va, pues, monda y lironda, la consabida maravilla.

Ñor Cornelio vino a verme y trajo consigo un par de niñas de dos años y medio de edad, nacidas de una sola «camada», como él dice, llamadas María de los Dolores y María del Pilar, ambas rubias como una espiga, blancas y rosadas como durazno maduro y lindas como si fueran «imágenes», según la expresión de ñor Cornelio. Contrastaba notablemente la

belleza infantil de las gemelas con la sincera incorrección de los rasgos fisionómicos de ñor Cornelio, feo si los hay, moreno subido y toSCO hasta lo sucio de las uñas y lo rajado de los talones. Naturalmente, se me ocurrió en el acto preguntarle por el progenitor feliz de aquel par de boqui-rubias. El viejo se chilló de orgullo, retorció la jetaza de pejibaye rayado, se limpió las babas con el revés de la peluda mano y contestó:

—¡Pos yo soy el tata, mas que sea feo el decilo! ¡No se parecen a yo, pero es que la mama no es tan pior, y pal gran poder de mi Dios no hay nada imposible!

—Pero dígame, ñor Cornelio, ¿su mujer es rubia, o alguno de los abuelos era así como las chiquitas?

—No, señor; en toda la familia no ha habido ninguno gato ni canelo; todos hemos sido acholaos.

—Y entonces, ¿cómo se explica usted que las niñas hayan nacido con ese pelo y esos colores?

El viejo soltó una estrepitosa carcajada, se enjarró y me lanzó una mirada de soberano desdén.

—¿De qué se ríe, ñor Cornelio?

—¿Pos no había de rirme, don Magón, cuando veo que un probe inorante como yo, un campiruso pión, sabe más que un hombre como usté, que todos dicen que es tan sabido, tan leído y que hasta hace leyes onde el Presidente con los menistros?

—A ver, explíqueme eso.

—Hora verá lo que jué.

Ñor Cornelio sacó de las alforjas un buen pedazo de sobao, dió un trozo a cada chiquilla, arrimó un taburete en el que se dejó caer satisfecho de su próximo triunfo, se sonó estrepitosamente las narices, tapando cada una de las ventanas con el índice respectivo y soplando con violencia por la otra, restregó con la planta de la pataza derecha limpiando el piso, se enjugó con el revés de la chaqueta y principió su explicación en estos términos:

«Usté sabe que hora en marzo hizo tres años que hubo un clis de sol, en que se es-cureció el sol en todo el medio: bueno, pues como unos veinte días antes, Lina, mi mujer, salió habelitada de esas chiquillas. Dende ese entonce, le cogió un desasosiego tan grande, que aquéllo era cajeta; no había como atajala, se salía de la casa de día y de noche, siempre

ispiando pal cielo; se iba al solar, a la quebrada, al charralillo del cerco, y siempre con aquel capricho y aquel mal que no había descanso ni más remedio que dejala a gusto. Ella siempre había sido muy antojada en todos los partos. Veá, cuando nació el mayor, jue lo mesmo; con que una noche me despertó tarde de la noche y m'izo ir a buscale cojoyos de cirgüelo macho. Pior era que jue a nacer la criatura con la boca abierta. Le truje los cojoyos; endespúes jue ron otros antojos, pero nunca la llegué a ver tan desasosegada como con estas chiquitas. Pos hora verá, como le iba diciendo, le cogió por ver pal cielo día y noche y el día del clis de sol, que estaba yo en la montaña apiando un palo pa un eleje, es que se estuvo ispiando el sol en el breñalillo del cerco dende buena mañana.

«Pa no cansalo con el cuento, así siguió hasta que nacieron las muchachillas estas. No le niego que a yo se me hizo cuesta arriba el velas tan canelas y tan gatas, pero dende entonces parece que hubieran traído la bendición de Dios. La mestra me las quiere y les cuese la ropa, el Político les da sus cinco, el cura me las pide pa paralas con naguas de puros linoses y antejuelas en el altar pal Cor-

pus, y pa los días de la Semana Santa, las sacan en la procesión arrimadas al Nazareno y al Santo Sepulcro; pa la Nochebuena, las mudan con muy bonitos vestidos y las ponen en el portal junto a las Tres Divinas. Y todos los costos son de bolsa de los mantenedores y siempre les dan su medio escudo, gu bien su papel de a peso, gu otra buena regalía. ¡Bendito sea mi Dios que las jue a sacar pa su servicio de un tata tan feo como yo!.. Lina hasta que está culeca con sus chiquillas y dionde que aguanta que no se las alabanceen. Ya ha tenido sus buenos pleitos con curtidas del vecinduario por las malvadas gatas.

Interrumpí a ñor Cornelio, temeroso de que el panegírico no tuviera fin y lo hice volver al carril abandonado.

—Bien, ¿pero idiai?

—¿Idiai que? ¿pos no ve que jue por ber ispiiao la mama el clis de sol por lo que son canelas? ¿Usté no sabía eso?

—No lo sabía, y me sorprende que usted lo hubiera adivinado sin tener ninguna instrucción.

—Pa qu'es engañalo, don Magón. Yo no juí el que adivinó el busiles. ¿Ud. conoce a un mestro italiano que hizo la torre de la igle-

sia de la villa? ¿Un hombre gato, pelo colorao, muy blanco y muy macizo que come en casa dende hace cuatro años?

—No, ñor Cornelio.

—Pos él jue el que me explicó la cosa del clis de sol.

La República, 29-VIII-97.

LA MUÑECA DEL NIÑO DIOS ✓

Homenaje de respeto a mi distinguido amigo don José Durán.

UNA pobre mujer, en cuya desgredada cabellera no luce ya el negro aterciopelado de los años juveniles, cuyas pupilas apagadas no reflejan el rayo ardiente de los mejores años, secos los labios que envidió la pitahaya, marchita y arrugada la frente de bronce y carcomidos los preciosos dientes que un tiempo fueron blancos y apretados como bayas de espino, yace en durísimo esterón, sobre el húmedo suelo de una casucha negra y desmantelada; abriga su aterido cuerpo una cobija desteñida y sucia y da luz indecisa y móvil al triste cuadro un pedazo de sebo que chisporrotea, lanzando azulejos, adherido al tosco adobe del resquebrajado muro. En el rincón de aquel nido de la miseria, duerme una fresca y risueña criatura de seis años; el tordo que anuncia el verano no tiene las plumas tan negras como sus rizados cabellos; la

amapola no brilla bajo las gotas de rocío de la mañana con más vivo color que el de sus labios; jamás la brisa que susurra entre los cafetos en flor ha sido portadora de más suave perfume que el de su aliento. Al través de la morena piel se adivina la sangre ardiente de los trópicos y los graciosos párpados dan sombra a ojos negros y profundos como la historia de las crueldades de que fueron víctimas sus mayores, los caciques, los indomables ase-rises, los del nervio de pedernal y corazón de roble.

Suenan a lo lejos las doce campanadas del reloj del pueblo; llaman las lenguas de bronce a los fieles a celebrar en la derruida iglesia el nacimiento del Salvador y las brisas heladas de la noche llevan envueltos en su manto de neblinas, los ecos quejumbrosos de la vihuela, los estridentes gritos de los borrachos y el chasquido sordo del cohete lanzado al aire en son de alegre triunfo.

La niña despierta, ríe y sacude airosa la rizada cabecita, preparándose para la llegada del Niño Dios que trae los juguetes de Noche-buena.

—¿Mamá, vendrá el Niño con la muñeca de trapo? ¿Se le olvidará?

—No, hijita, es que ahora está en la misa del gallo. Duérmase, mi negrita, porque si la ve despierta, no entra.

—¿Pero será de aquellas que ví en la ciudad?

—Sí, mi vida, de las mismas.

Amarga sonrisa ilumina el pálido rostro de la desventurada mujer; dolor cruel y acerado destroza sus entrañas y el soplo frío de la muerte eriza sus cabellos y hiela las gruesas gotas de sudor que surcan su frente; la niña vuelve a posar su carita sonrosada sobre el duro esterón y siguen iluminando la triste estancia los azulados reflejos de la espirante candelá, cuya mortecina llama, al impulso de la brisa de la madrugada, forma en las negras paredes sombras que danzan, lenguas de fuego que se entrelazan y reflejos siniestros que espantan.

Al estruendoso estallido de una recámara que saluda al nuevo día, de universal regocijo, despierta la graciosa niña; bebe con las negras pupilas la viva luz de la aurora, arregla con sus dedos de rosa los sueltos bucles de la linda cabellera y lanza un grito de inmensa alegría; allí, junto a ella, está su muñeca, mejor que las de la ciudad; no dice como aque-

llas papá y mamá, no tiene trajes de seda ni zapatitos de abejón con hebilla de plata, no tiene ni camisa ni ropa alguna, pero llora, con un llanto de verdad, mueve las manecitas y los lindos pies y los ojos y la boca, y vive, vive como su dueña, como su segunda madre. Lanzando gritos de alegría y carcajadas sonoras de inmenso placer, besa la niña su muñeca encantadora y en tanto que la estrecha con cariño contra su caliente pecho, la madre rígida y yerta, duerme el profundo sueño de la muerte, y la luz juguetona del sol de Navidad irisa en su mejilla la última lágrima de sus cansados párpados.

25-xii-98.

EL TEQUENDAMA

A MI AMIGO SANTIAGO DE LA GUARDIA

«... Es más bien el rugiente león,
arrastrado por una mano hercúlea.»

J. J. BORDA

ME lo contó un indio viejo de Serrozuela, quien lo había leído en los jeroglíficos muiscas grabados en una piedra hallada por su bisabuelo en las ruinas del palacio de Tisquesusha.

Allá en los tiempos de Nenqueteba, como mil lunas antes de la llegada a Bacatá de los hombres de hierro, la Sabana era aún más hermosa que hoy; ostentaba la frescura de los quince abriles, brillaban sobre su traje de esmeralda purísima los zafiros y amatistas de las amapolas y santalucías, las chisgas de topacio y azabache rozaban alegres las copas de los sauces tristes y el cielo retrataba sus cambiantes en la linfa tersa de las lagunetas cubiertas de cañuelas y habitadas por garzas

blanquísimas como copos de escarcha. Era la niña mimada, encantadora, huérfana de padre y madre; aquél, el volcán, se había apagado al soplo frío del páramo, y la madre, la laguna de ojos azules y falda de nieve, se había consumido absorbida por la insaciable sed de Tierra Caliente. La niña creció; redondeáronse sus preciosas formas, cobraron mayor brillo sus sedosos rizos, lanzó al aire sus más delicados perfumes y tomó posesión de su reino al amparo de sus tías maternas Monserrate y Guadalupe.

Al mismo tiempo y allá entre los peñascales de Tunja y de Sopó y entre los güijos y montañas de sal de Zipaquirá, crecía también, hermoso como sueño de primavera, arrogante como potro de batalla, robusto y apasionado, decidor y bromista, el río Funza, hijo predilecto de los Socavones y de las Sierras.

Ambos reinos eran vecinos y Funza, aventurero como arroyo malcriado y torrente consentido, logró ver a la hermosa Sabana y se enamoró perdidamente de ella; la ninfa, por su parte, lo recibió con su mejor sonrisa y el pobre Funza perdió los estribos, abandonó sus lares y fuese a vivir en estrecho abrazo con su bella conquista; con esa apacible calma,

con ese amor tranquilo y suave con que se aman los ríos y las llanuras.

Y era de verse cómo besaba el mozo enamorado la falda de oro y esmeralda de su preciosa novia, se dormía tranquilo en su regazo dejando flotar al soplo de la brisa helada del boquerón sus verdes rizos coronados de yedra, entretejidos con rosas, nardos y albahaca; cuando la ninfa del bellissimo prado enarcaba las cejas, Funza, con su más encendida mirada, con su mejor sonrisa, refrescaba el ambiente con las cristalinas gotas de su manto, copiaba entre sus pliegues al sol y a las estrellas, a la coqueta nube o a la golondrina chilladora, y después de trazar una y mil veces sobre el verde musgo la cifra del nombre de su amada, concluía por saltar por sobre el puentecillo de lianas y juncos, cubrir su cabeza de blanca y tornasolada espuma y asustar al indio en su cabaña con el ímpetu fingido de su fingida bravura.

Así pasaron cien lunas, en aquel manso idilio, en aquel dúo bellissimo, al que se mezclaban en sus ratos de ocio, los fuegos fatuos de la noche, el trueno sordo de la tempestad lejana, el soplo perfumado de la brisa, el canto de las aves, la juguetona sombra de las nubes,

el azul purísimo de los cielos, el parpadeo continuo de las estrellas y el oblicuo rayo del sol.

Una de esas noches suavísimas del trópico, en las que el Cielo y la Tierra se unen en estrecho abrazo para entonar juntos armonioso canto de alabanzas al espíritu del bien, un doncel de faz severa y áspera, de cabellera abrupta, cuerpo seco y huesudo y brazo de hierro, nacido entre los bosques sagrados de Soacha, asomó la cabeza por entre las áridas rocas de su morada y llenó de envidia su duro corazón el cuadro encantador de aquel idilio; era el vengativo Declive, el amigo de Precipicio, hermano del Peñón, entre cuya familia se cuenta ese sinnúmero de seres crueles que en esta tierra se llaman Derrumbes y en la tierra de los hombres blancos se llaman Avalanchas. Jamás la Sabana había dado oído a sus amorosas insinuaciones, nunca obtuvieron sus sonrisas, sino el mayor desprecio y la más grande indiferencia. No pudo conformarse con la dicha de Funza y juró destruir para siempre su ventura.

Dormía Funza descuidado y sin preocuparse de la trama de su enemigo; Declive lo arrasó suavemente hacia los bosques de Soacha

y allí lo extendió bajo las ramas de los encumbrados pinos, sobre el ancho regazo de la ninfa Sincha. Con los primeros rayos de la aurora despierta Funza, tiende la mirada ansiosa en busca de su amada y al no encontrarla, horrible angustia se apodera de su alma; no conoce a la ninfa que en sus brazos le aprisiona, no le son familiares ni los altos pinos, ni las escuetas rocas, ni las yerbas, ni las flores que lo rodean, mira asustado las negras fauces de las minas de carbón que a su lado bostezan, no es ese su palacio ni la dulce morada de su amada. Quiere volver a la llanura, pero Desnivel se lo impide con aire amenazador amontonando piedras, troncos de árboles y escombros como valla insuperable. Funza se revuelve entre sus pétreas cadenas, escupe airado el rostro de su infame rival, lanza a los ecos, sus amigos, rugidos de fiera indignación y prefiriendo la muerte a su desgracia, opta por el suicidio y después de enviar toda su alma en un suspiro a la reina de su corazón, salta por entre los juncos y las rocas, cubre de cieno su precioso manto sembrado de ricos diamantes y llega a la cima del horroroso acantilado. Allá está en el fondo del abismo la muerte que lo espera, en los

dominios de Tierra Caliente, palmeras y magüeyes, mangos y cedros sombrearán su tumba y el rayo ardiente del sol convertirá en vapores sus aguas cristalinas. ¡No importa! ¡La muerte antes que la eterna desventura! Lanza de su robusto pecho un grito desgarrador, adiós eterno a la amada de su corazón, a su patria, a su cuna, a sus viejos amigos las brisas y las flores, y de un salto prodigioso se arroja al abismo por el acantilado perpendicular de mil palmos de altura.

Al horroroso grito de Funza, repetido por todos los ecos de aquella región, acuden las brisas, más ligeras que el torrente, lo reciben en su espantoso descenso, le desgarran las vestiduras de nieve manchadas de fango, destrozan los cabellos del mancebo, Iris colora los girones del regio manto, y arrojan a prodigiosa altura como bandera de paz y de consuelo, las anchas plumas de sus alas de cisne; y de aquella brega espantosa, de aquella terrible lucha se alza un horroroso estruendo que conmueve hasta sus cimientos a las altísimas montañas, vibra en los aires el ronco ruido de cien mil truenos y el rayo cruza el espacio trazando serpientes de fuego. La naturaleza entera toma parte en aquel terrible

drama, mezcla de amor y de celos, de furor y de venganza, de muerte y exterminio. Funza convertido en menuda lluvia llega al fondo del abismo en donde tomando de nuevo su forma primitiva, pero con alma nueva de agitados pasiones formada, se convierte en río vulgar de sucia vestidura, río que ahoga e inunda, destruye y atropella, fuerza motriz que el peón vulgar maneja a su antojo, lavadero de ropas inmundas, ríos que no conserva de sus antiguos esplendores más que la fluidez de su parlera lengua y el recuerdo de sus pasados días de gloria.

*

Eso me contó el indio, al borde de aquel abismo de rugiente espuma, él lo había leído en los geroglíficos muiscas grabados en la piedra que su bisabuelo encontró en las ruinas del palacio de Tisquesusha.

La República, 31-VII-98.

2 DE NOVIEMBRE ✓

COMO en casa somos pobres y la situación es mala y la Magdalena no está para tafetanes, resolvimos este año no comprar coronas para nuestros muertos, sino hacerlas con nuestras propias manos, de donde mayor mérito y mayor economía.

Se decidió, hoy hace ocho, en consejo de familia, que yo me encargaría de conseguir la materia prima y a la calle me eché a cumplir mi cometido.

—Vea, ñor Ramírez (amigo viejillo de Tres Ríos) el jueves se viene con su machete bien temprano y va al solar de las Conejos a cortar unas ramas de ciprés. ¿Cuento con Ud?

—Tomaré llegar a medio día, pero sólo que Dios no quiera, dejaré de venir. ¿No tiene unos dos reales que me preste y yo se los descuento el jueves?

Le dí los dos reales—y pasé una raya a «ciprés» de la lista.

—Buenos días, don Sotero, dígame, Ud. que es de San Juan, ¿no sabe quién tenga por allí flores blancas?

—Qué casualidad, esta señora que viene conmigo, tiene. Ña Remigia, ¿Ud. tiene flores blancas?

—¿Como pa qué?

—Para hacer unas coronitas sencillas para el día de finados.

—Pos hay unas pocas camelias, jazmines del cabo, claveles, jazmincillos y margaritas.

—Pues eso es lo que necesito; ¿podría contar con ellas para el jueves próximo en casa?

—Es que son pocas y hora las mercan muncho y las pagan adelantao y...

—Yo también se las pago por adelantado. Tome estos tres pesos y, o le doy más o me devuelve el día que me las traiga.

—¿Y onde vive Ud. propiamente?

—En una casa verde, salida, a media cuadra del establecimiento de don Celestino Gómez, como quien va para el Laberinto, a mano izquierda.

—¡Ah! sí, pegao a una tapia.

—No, pegado a la casa de don Cleto Monestel.

—Eso es, entre la tapia y....

—Bueno, pues no me falte.

—Pierda cuidao.

Rayé «flores blancas» de la lista.

—Dígame don Eloy, ¿Ud. no tiene por casualidad unos aros de barril, de esos de madera, que me pueda vender?

—No se los vendo, se los regalo, hay una media docena, un poco pequeños, que usted puede llevarse cuando guste.

—Un millón de gracias.

Taché «aros».

Compré media libra de alambre en casa de Macaya, un poco de cáñamo y unos cuantos clavos de a dos pulgadas.

Por la noche, en reunión solemne de familia, di cuenta de los actos que se relacionaban con la cartera de mi cargo y presenté como prueba fehaciente, media docena de aros flamantísimos, el alambre, el cáñamo y los clavos. Se aprobó mi Memoria, se me dió un voto de gracias y continué tranquilamente siendo la admiración de la familia.

*

Ayer, jueves, me levanté muy temprano, quité la carpeta de la mesa del comedor, y

allí extendí un par de aros y previne todos los útiles y herramientas del caso.

—¿No ha venido ñor Ramírez?

—No, señor.

—¿Y la vieja de las flores blancas?

—No, señor.

—Andá donde Celestino y decile que si alguien ha preguntado por mí con un canasto de flores.

Volvió poco después la criada y dijo:

—Dice don Celestino que sólo un jovencito tuerto, con una como carta, preguntó por Ud., pero que como Ud. le ha dicho que cuando sea con una cuenta, que diga que no sabe....

—Está bién, dame mi café.

Y dieron las nueve, y las once, y hubo que quitar los aparatos para poner el almuerzo y nada de Ramírez ni de la vieja.

A las cuatro volví de la oficina.

Mi señora me recibió en la puerta.

—¿Ves como no han traído el ciprés ni las flores?

A conseguir ciprés; por un peso me vendió una alma caritativa un manojo como para una cataplasma. Puse telegrama a San Juan, con contestación pagada «¿Qué hubo flores? Con- teste, úrgeme».

Llegó la noche, sin estrellas y sin flores, me soñé con la cabeza metida entre un gran canasto de camelias y jazmines del cabo y con una inmensa corona de ciprés y hojas de magnolia ensartada en la cintura.

¡Amargo despertar!

—Por eso quería yo encargarle mi corona a Timoteo, decía mi madre política, ese es muy formal.

—Es que somos muy torcidos, decía la otra.

—¿Pero qué más podía haber hecho yo que pagar adelantado desde hace ocho días?

—Para que veas, ¡si estas gentes de aquí son muy incumplidas!

—¡Pues yo no paso por ese aro!, decía la de más allá, viendo los idem colgados de la pared.

Alquilé un caballo y me fuí a San Juan a buscar a ña Remigia.

Como a las dos de la tarde dí con ella en un cuchitril indecente entre un patiecillo miserable en donde medraban una raquílica matilla de camelia sin flores, un par de pies de jazmín con dos o tres botones amarillejos y media docena de margaritas en la última pregunta.

—¿Y díai, ña Remigia, mis flores?

—¿Cuáles?

—Las que quedó Ud. de llevarme desde hace una semana.

—¡Ah, sí! pero ya no ve como están las matas, con esos judíos aguaceros y unque las encargué a una comadre, me quedó mal. ¿Qué quería que hiciera?

—¿Y los tres pesos?

—¿Ud. me dió la plata? Ve, bien decía yo, que de qué sería una plata que me jayé en un nudo del polvero! ¡Pos eran los reales suyos! ¡Y yo que juí y los gasté! ¿Y hora?

—¡Vaya Ud. al diablo, vieja mentirosa!

Volví como a las cuatro de la tarde, sin flores, pero con una gran cólera digna de mejor suerte.

Esta es la hora en que no he ido todavía a casa, por no poner la cara en vergüenza; a escondidas fuí al Cementerio; las tumbas de mi familia están sin flores, sólo hay en ellas dos coronas de ciprés, humildes y po-brísimas, en las que prendí, como adorno, unas cuantas oraciones y abundantes lágrimas: sí serán menos lujosas, pero más sinceras.

La Revista, 4-xi-1900.